

„naturalmente se eleva, volviere ácia la tierra su llama.”
 Añade San Gregorio: „Que no es cosa increíble que Dios
 „se haya dexado ver entre los hombres; pues aun, indepen-
 „dientemente de la Encarnacion, se dexa Dios notar en to-
 „das las criaturas; porque de él tienen su sér, y de él
 „dependen enteramente: que Dios, quando combatió con
 „el demonio, que no le conocia, nada hizo contra la jus-
 „ticia, antes en aquella ocasion dió muestras de su sabi-
 „duría, venciendo al demonio del mismo modo que éste
 „habia vencido al primer hombre: que no debe admirar-
 „nos que Jesuchristo se revistiese de todas las propieda-
 „des de nuestra naturaleza; pues era necesario purificar
 „toda la vida del hombre: que era conveniente que toma-
 „se un cuerpo semejante al nuestro; porque un cuerpo
 „que hubiese traído desde el cielo, no era propio para sa-
 „nar las enfermedades de los cuerpos terrestres: que ha-
 „ber nacido de una Virgen, no fué indecencia en Dios;
 „pues nada hay en la construccion del hombre que se deba
 „tachar; porque todos los miembros de que se compone
 „son necesarios en él.”

XXXIII. Si la Encarnacion es un bien tan grande,
 ¿por qué, me dirá alguno, no se hizo quanto antes? „En
 „esto, dice San Gregorio, nos dió el Señor muestras de su
 „grande sabiduría. Asi como un Médico espera á que el
 „mal salga fuera, asi esperó Dios á que la impiedad lle-
 „gase á su mas alto punto, y no hubiese especie de de-
 „litos que los hombres no cometiesen. Si se arguye, que
 „despues de la venida de Jesuchristo no dexan de pecar
 „los hombres, esto sucede, dice, porque el pecado es co-
 „mo la serpiente, que si la cortan la cabeza, la cola ani-
 „mada con sus propios espíritus, todavia se moverá. El
 „pecado herido mortalmente por la Encarnacion, todavia
 „nos inquieta con sus conseqüencias.” Responde San Gre-

gorio á los que preguntaban: que como Dios no habia
 concedido á todos el Dón de la fe: „Que á todos los hombres
 „llama Dios; mas que llamándolos, no los ha quitado la li-
 „bertad, y por eso perecen todavia muchos: que Dios no
 „debió precizarlos á abrazar, y hacer el bien; porque de
 „otro modo hubiera quitado el mérito de las buenas obras,
 „y la reprehension que merecen las malas.” A otros que
 no aprobaban que Jesuchristo hubiese muerto, á lo menos
 con una muerte ignominiosa, les dice: „Que Jesuchristo
 „debió morir para ser en todo semejante á nosotros; por-
 „que habia nacido para morir, y para asegurar nuestra
 „resurreccion con la suya: que quiso morir en la cruz
 „por una misteriosa razon, que nos enseña que la Divini-
 „dad todo lo penetra: razon señalada en la figura de la
 „cruz, cuyas quatro extremidades significan la latitud, lon-
 „gitud, altura, y profundidad de este misterio. Por otra
 „parte, lo que Jesuchristo ha hecho despues de su resur-
 „reccion, prueba claramente su divinidad. El apareció á
 „sus Discípulos todas las veces que quiso: se halló en
 „medio de ellos sin que le abriesen las puertas, y subió
 „al cielo.”

Despues de haber restablecido San Gregorio la verdad
 de la Encarnacion contra los Gentiles y Judíos, trata del
 Bausismo, y de la Eucaristía. Dice sobre el Bautismo: „Que
 „hay muchas cosas en este Sacramento que nos guian á la
 „vida inmortal: la oracion, el agua, la invocacion de la
 „gracia, y la fe: que no se debe atribuir al agua por sí
 „la regeneracion que obra en el Bautismo, sino á la virtud
 „divina, y porque Dios invocado se halla en esta purifi-
 „cacion como tiene prometido. Que quando el hombre es
 „sumergido tres veces en el agua representa la muerte, la
 „sepultura, y la resurreccion de Jesuchristo: que nadie re-
 „sucita á la vida eterna, sin haberse lavado de sus man-
 „chas en esta agua misteriosa; que la regeneracion se hace

» igualmente por las tres divinas Personas, el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo: que la mutacion que en nosotros sucede por medio del Bautismo, no seria verdadera si permanecieramos en la misma vida que antes haciamos; y asi, que si hemos quedado convertidos en hijos de Dios, debemos manifestar por las disposiciones de nuestra alma, que Dios está en nosotros, y mostrar en nuestras acciones quién es el que nos ha reengendrado; pues no llega el hombre á ser hijo de Dios, si no es Santo. En punto de la Eucaristía enseña San Gregorio, que como el alma está unida á Dios por el Bautismo, y por la fé, asi el cuerpo se une por medio de la Eucaristía; que quando el cuerpo inmortal de Jesuchristo entra en el cuerpo del hombre le transforma en la divina naturaleza: que asi como se conserva la fuerza de nuestro cuerpo con un alimento fuerte y sólido, qual es el pan, y su humedad con un licor proporcionado qual es el vino, asi el Divino Verbo comunica su carne á los fieles, mezclándose con sus cuerpos, para que el hombre, unido con este cuerpo mortal, se haga con esta union inmortal é incorruptible." Concluye San Gregorio su catequesis con una advertencia á cerca del fuego del infierno, del que dice, que es de naturaleza superior á la de este que vemos en la tierra; y da por razon que éste se puede apagar de muchos modos; pero aquel no se podrá apagar. "Dice tambien, que no pensemos que el gusano roedor, del que habla la Escritura, ha de ser de la misma naturaleza que los que salen de la tierra: estos perecen, pero aquel no morirá."

XXXIV. Aunque el libro de la virginidad tiene la suavidad y claridad del estilo de San Gregorio, algunos críticos han dudado que fuese su Autor. Una de las razones que alegan es, que el que le escribió dice expresamente que estaba casado; lo que no puede convenir á San Gregorio Niño; otra es, que da á su padre el título de muy Reveren-

do Obispo. Se sabe pues, que el padre de San Gregorio jamas fué Obispo: pero ya en otra parte se ha demostrado, que San Gregorio casó con Teosebia; y de este modo, la razon que tienen estos críticos para dudar si este libro es del Santo, nos sirve para probar que lo es. En quanto á llamar Obispo á su padre, nada impide que se entienda de S. Basilio, á quien llama su Maestro, y al que dice que tenía un respeto extraordinario: tambien hay una carta en Zacagni, en la que le llama su padre.

El libro de la virginidad se divide en 24 capitulos sin el prólogo: en él hace San Gregorio el elogio de la virginidad, y manifiesta, que para ser entera es preciso que no esté manchada con ningun hábito de culpas: "Que es un dón de Dios, y que por ella la naturaleza humana, como purificada de sus malas inclinaciones, se eleva hasta la contemplacion de las cosas celestiales; de suerte, que es el lazo de la familiaridad de los hombres con su Dios." Confiesa, pero con sentimiento, que todo lo que dice de esta virtud le es inútil, y que no puede sacar provecho alguno; porque la vida comun y secular que habia tenido, era como un muro, y un abismo, que le separaba é impedía acercarse al Señor. "Y que asi era como un cocinero que guisa para otros excelentes manjares, mas no le es permitido comerlos; y que todos los elogios que da á la virginidad, solo sirven para hacerle llorar mas y mas la vida en que se habia empeñado, y la pérdida de un bien que habia conocido muy tarde; asi como la vista de las riquezas de otro no sirve al pobre sino para sentir mas su necesidad y miseria." Despues de esta confesion entra en la enumeracion de las incomodidades del matrimonio, las que dice ser tan grandes, que si fuera posible preveerlas ó experimentarlas antes de contraerle, pocos habria que no abrazasen la virginidad. Propone el matrimonio como un estado en que salen las pasiones ilícitas, la avaricia, la ambicion, el apego á las cosas

de la tierra, y el disgusto de las celestiales, con otros inconvenientes de la vida, que no experimentan los que viven en la virginidad; mas quiere que los que la profesan, no contentos con la pureza del cuerpo, destierren de su espíritu todas las aficiones humanas, como Elías, y San Juan Bautista, que desde su juventud se separaron de la sociedad de los hombres, para vivir en soledad, en donde se abstendian de las cosas que se suelen usar para vivir, y estaban siempre ocupados en Dios; lo que no puede hacer un hombre distraido en las diversas inquietudes que necesariamente siguen al matrimonio.

XXXV. Mas por funestas conseqüencias, y por molestias que traiga el matrimonio, no se le puede condenar, porque le bendixo Dios. Reprehender el matrimonio sería reprehenderse á sí mismo; porque el fruto debe seguir la calidad del arbol. Aunque el cuidado de las cosas celestiales debe preferirse al matrimonio, no por eso se debe despreciar al que usa del matrimonio con moderacion, como el Patriarca Isaac, el que, siendo ya de edad, se casó con Rebeca, con la mira de dar posteridad á la estirpe bendita de Dios: y despues de haber procurado el parto de su muger, se dió de nuevo á las cosas celestiales. San Gregorio piensa: "Que los menos fuertes son los que deben recurrir á la virginidad, como á puerto mas seguro de las tempestades del mar de este mundo, no sea que abandonándose á la vida comun, se expongan á una infinidad de tentaciones á que no puedan resistir." Mira el Santo á los que ponen todo cuidado en agradar á los hombres, como desproporcionados para cumplir el primero y principal precepto, que es amar á Dios con todo el corazón y con todas las fuerzas. Porque, ¿cómo ha de amar á Dios con todo el corazón aquel, que robándole el afecto que le debe, emplea todo su amor en las pasiones humanas? Despues hace ver, que no hay comparacion entre lo que los hombres llaman hermoso, y la verdadera

hermosura, que es Dios, y la obligacion en que están de servirse de la belleza pasagera de las cosas humanas que ven los ojos del cuerpo, para pasar á la contemplacion de la que pertenece á la vista del alma. Añade: que las pasiones que esclavizan al hombre, es propia obra suya, y no de Dios, ni de la naturaleza; y que así el hombre debe trabajar para purificarse de las manchas, que son conseqüencias del pecado: que la virginidad es mas fuerte que la muerte, cuyo dominio solo duró desde Adán hasta el tiempo de la Madre de Dios; y cuyo aguijon se ha embotado contra el fruto de la virginidad, como contra una piedra: que aquella es verdaderamente Virgen, que desprendida de toda aficion terrena, solo la conserva á su verdadero Esposo; pues no es posible permanecer sujetos á los deleites del cuerpo, y adquirir una templanza que sea agradable á Dios. Dos reglas prescribe San Gregorio sobre la templanza: la 1.^a, que no nos debemos aficionar á nada en que se mezcle la concupiscencia, y el deseo de los placeres; y que principalmente nos hemos de guardar del placer del gusto, que es el mas antiguo, y como la madre del vicio. La 2.^a, que no se debe proponer en ninguna de las acciones el deleite por fin, sino tener la mira en la necesidad del uso que es preciso hacer de aquellas cosas en donde se halla el placer. Porque así como no se debe despreciar la necesidad que tenemos de comer, por causa del placer que la acompaña, así tampoco se debe tener por fin principal el placer; sino que siguiendo y amando en todas las cosas lo que es útil, se debe despreciar en quanto agrada á los sentidos. Quiere que igualmente se eviten en las cosas los dos excesos; es á saber, tener sepultada el alma en la grosura de un cuerpo, concediéndole todos los gustos y delicadezas de la vida, como tambien el de extenuar este cuerpo con excesivas maceraciones que reduzcan el alma á estado de no poder aplicarse al trabajo, y á las ocupaciones vir-

tuosas. La carne tan delicadamente tratada no se dexa gobernar sino con mucho trabajo; pero con el exceso del rigor y austeridad, queda demasiado flaca para cumplir las obligaciones precisas. El fin, pues, de la perfecta continencia, no debe ser simplemente el de afligir el cuerpo, sino el de facilitarle para las funciones del espíritu. Despues háce ver San Gregorio, que se necesita mucha prudencia y luz en el estado de la virginidad, y aconseja á los jóvenes poco ilustrados que quieren profesarla, que elijan ante todas cosas un buen maestro y guía prudente que los gobierne en este genero de vida, no sea que el defecto de experiencia, y de luz los haga extraviarse por sendas que se apartan del recto camino. Dice: » Que en su tiempo no faltaban exemplares de grandes virtudes, y que la gravedad de las costumbres era tan común á muchas personas, que se podia decir que habia subido al cúmulo de la perfeccion, por los progresos que habia hecho de muy debiles principios. » Propone estos exemplos á los jóvenes que quieren vivir en la práctica de la virtud, y les dice: » Que sino se pueden poner por modelo la prudencia de un San Basilio, iba hablando de este Santo, como la manifestaba en la flor de su vida, y la que resplandecia todavia en su vejez, no siendo capaces los años de apagar el vigor y actividad de su alma, pongan la atencion en tanta multitud de Santos como se formaron á la piedad baxo su conducta, y busquen modelos en todas las edades en tan excelentes Solitarios, cuya santa vida resplandecia por todas partes. » No debemos admirar que cuente á San Basilio en el número de los Ancianos, aunque tenia la edad de 45 años, con corta diferencia; porque el mismo San Basilio, en una carta escrita á los 48 años, dice: » Que la edad le impedia ya comer las cosas que estaban duras, y que los dientes se le habian podrido con las enfermedades y la vejez. »

XXXVI. Teófilo, á quien está dirigida la carta contra los Apolinaristas, sucedió á Timoteo en la Silla de Alexandría en 385; y aunque su época es incierta, no se la puede poner antes. Está citada esta carta en el quinto Concilio general, y en la Panoplia de Eutimio. La ocasión fué ésta: » No hallando los Apolinaristas medio mas seguro para establecer su dogma que el de atribuir á la Iglesia un error opuesto, la acusaron de que enseñaba que en Jesuchristo hay dos Personas. Esparcieron esta calumnia, principalmente en Egipto en donde eran muy numerosos. San Gregorio, cuyo zelo y caridad no se contenia en los límites de su Diócesis, creyó que debia escribir á Teófilo. »

Le suplica que se oponga á la herègia con toda la autoridad que le habia dado la gracia para defender su Iglesia, y se queja de que muchos abandonaban el respetable nombre de *Christianos*, para tomar el del autor de la nueva secta, habla de los Apolinaristas. Estos no reconocian mas que una naturaleza en Jesuchristo, un Verbo carnal, un Hijo del Hombre, Criador de los siglos, y una Divinidad pasible, pretendiendo que con esta doctrina solo se oponian á algunos católicos que enseñaban (como ellos decian falsamente) que habia dos Hijos en Jesuchristo, uno natural, y otro adoptivo; el uno Hijo eterno por naturaleza, y el otro Hijo en el tiempo por adopcion. Declara San Gregorio: » Que no sabia que nadie hubiese enseñado semejante error. » Mas para quitar todo pretexto á los Apolinaristas de calumniar á los católicos, la combate, primeramente, demostrando, que la distinción que hacian los Apolinaristas entre el Hijo que habia formado los siglos, y el que habia aparecido en la carne al fin de los siglos: » No solamente nos llevaria á reconocer dos Hijos, sino muchos; pues era preciso contar tantos como apariciones ha habido, así antes, como despues de la Encarnacion: de lo que se se-

„guiria, que el Hijo que habló á Abrahán hubiera sido
 „diferente del que habló á Isaac; y éste muy distinto del
 „que luchó con Jacob; y de este modo serian distintos los
 „que se dexáron ver de Moysés, de Job, de Isaías, de
 „Ezequiel, de San Pedro, y de San Pablo: lo que es
 „igualmente absurdo, que impío. Despues hace ver, que
 „todas estas apariciones son de un solo, y mismo Hi-
 „jo, el que queriendo proporcionarlas á los que las hacia,
 „se manifestó en la carne á los que vivian en tiempo de
 „su Encarnacion; porque siendo mas carnales que los que
 „habian vivido antes, no podian llevar otra aparicion mas
 „elevada.” Le parece que esta aparicion en la carne no hu-
 „biera sido necesaria si todos los hombres se hubieran pare-
 „cido á Moysés, y á otros de que hemos hablado, porque
 „hubieran sido capaces como ellos de ver á Dios en su
 „gloria. (1) „El Verbo por su union en la naturaleza hu-
 „mana, no contraxo sus enfermedades, antes bien hizo á
 „la naturaleza humana inmortal é incorruptible, siendo cor-
 „ruptible y mortal. No siendo mas que uno, y siempre
 „Verbo, antes y despues de la Encarnacion, siempre Dios,
 „y siempre luz, no hay razon alguna para dividirle. Es
 „verdad que la humana naturaleza subsiste en Jesuchristo
 „despues de la union; pero no se puede inferir que son
 „dos Hijos ó Personas; porque la naturaleza humana per-
 „manece en el Verbo, mas no conserva su personalidad,
 „ó su subsistencia propia, como la pierde una gota de vi-
 „nagre arrojada en el mar. No obstante, las dos naturale-
 „zas estan de tal suerte unidas en una sola Persona, que

(1) Esto dice el Santo queriendo significar el estado de la inocencia; pero no ignoraba que todo el bien nos ha venido por Jesuchristo, y que en virtud del mismo Hijo de Dios que habia de venir, llegá-

ron Moysés, y los Patriarcas á conocer á Dios: por la fe en Christo se han salvado todos desde el principio del mundo. Siempre fué verdad. *Non est in alio aliquo sa- lus.*

„es el Salvador, que se comunican las propiedades entre
 „sí; de suerte, que se atribuye al hombre lo que es de
 „Dios, y á Dios lo que es del hombre; y se dice: que
 „fué crucificado; que padeció el tormento de la cruz; que
 „fué penetrado con los clavos, y herido con una lanza el
 „mismo que es llamado en San Pablo *el Señor de la gloria;*
 „y aquel que fué adorado de todas las criaturas, del cielo,
 „de la tierra y del infierno, se llama Jesus.”

XXXVII. Los tratados sobre la profesion christiana son tres: el 1.º puede pasar por un enlace de conversaciones de piedad que tuvo San Gregorio con Armonio, su amigo y su discípulo. Este viendose precisado por alguna necesidad á dexar á su maestro, le pidió, al separarse, sus instrucciones sobre la solucion de muchas dificultades. San Gregorio le prometió satisfacerle; y para cumplir su deuda, asi llama á su promesa, envió á Armonio el primero de estos tratados. No se sabe en qué tiempo, solamente parece que era ya anciano el Santo Obispo quando los escribió.

El 1.º, pues, exámina á qué nos obliga el nombre y profesion de Christiano. Sienta por principio, que para llegar á la perfeccion de su estado, es preciso aplicarse á cumplir con todo lo que significa el nombre. „El que desea la calidad de Médico, ú de Orador, dice, procura asegurar este nombre, haciendose muy experto en tales artes: del mismo modo un Christiano que quiere merecer este nombre, debe trabajar por adquirir todas las virtudes que se contienen en la idea que este nombre nos presenta. Contentarse con el exterior sería parecerse á un mono que un farsante de Alexandria habia enseñado á danzar en el teatro con vestido de muger. En este equipage agradaba á todo el mundo por su agilidad y buena gracia, porque todos ignoraban quién era.

„ Uno de los espectadores, mas discreto que los otros , para
 „ darles á conocer que no era mas que un mono , arrojó
 „ al teatro algunas almendras ; inmediatamente el mono ,
 „ despedazando los vestidos que le habian puesto , devoró
 „ muy alegre las almendras , y se quedó como antes era ,
 „ convirtiéndose los aplausos en risa. Si el demonio presen-
 „ ta al Christiano , que lo es de puro nombre , algun cebo ,
 „ inmediatamente correrá siguiendo el objeto de su pasion ,
 „ y manifestará lo que es. El nombre de Christo , de donde
 „ viene el de Christiano , contiene en sí la Justicia , la Sa-
 „ biduría , la Verdad , la Bondad. Para ser Christiano es
 „ necesario poseer todas estas virtudes. El Christianismo pro-
 „ cura restituir en nosotros la semejanza de Dios que re-
 „ cibimos en la creacion. Llamarse , pues , Christiano , y
 „ no cumplir con las obligaciones , es desfigurar la Imá-
 „ gen de Dios. Para renovarla en nosotros con la imitacion
 „ nos manda Jesuchristo que seamos perfectos , como nues-
 „ tro Padre celestial es perfecto ; perfeccion que no con-
 „ siste en ser semejantes á Dios en razon de su propia di-
 „ vinidad , sino en imitar las virtudes de su bondad en
 „ quanto está de nuestra parte : lo que se reduce á abste-
 „ nernos del mal , y hacer que reine la pureza en nuestro
 „ espíritu , en nuestras palabras y acciones. Los que no se
 „ acercan tanto á este Divino modelo , no deben deshalen-
 „ tarse , pues recibirán una recompensa proporcionada á sus
 „ esfuerzos. Vivan seguros en la esperanza de que Dios , co-
 „ mo lo tiene prometido , nos ha de dar bienes eternos por
 „ los perecederos.”

XXXVIII. El segundo tratado le dirigió á Olimpío,
 el que habia pedido á San Gregorio algunas reglas para
 llegar á la perfeccion. Este santo Obispo le propone la vi-
 da de Jesuchristo, que les dice, el que ha de ser la regla
 de las obligaciones de todos los que tienen el nombre de

Christiano. A este nombre le llama *Divino*, y el mayor de
 todos los nombres , y dice : Que para no llevarle en vano ,
 debemos copiar en nuestra conducta todas las virtudes que
 este nombre contiene.” Distingue con San Pablo los atri-
 butos que convienen á Jesuchristo , segun su Divinidad , los
 que le convienen , segun su Humanidad , y los que se ve-
 rifican de él por ser Dios y hombre. Del número de estos
 últimos son los títulos , de Pacífico , gran Sacerdote , Pas-
 qua , el de Paz y propiciacion , comida , bebida , piedra , agua ,
 propiciador y Rey , y dando á todo esto explicaciones ale-
 góricas que tiran á perfeccionar al Christiano , toma oca-
 sion algunas veces para tratar de los principales misterios
 de nuestra Religion , en particular de la Eucaristia , de la
 que dice claramente , que contiene el cuerpo y sangre de
 Jesuchristo. Algunos para dispensarse de imitar á Jesuchris-
 to , proponian la debilidad y la inconstancia de la natura-
 leza : les responde San Gregorio : „ Que ninguno será co-
 „ ronado sino ha peleado , y que para pelear es necesario
 „ que haya contrario , y este enemigo y contrario nuestro ,
 „ es la inconstancia , contra la qual , debemos tener conti-
 „ nua guerra. Añade : que nadie puede persuadirse á que
 „ ha llegado á la perfeccion ; pues la verdadera perfeccion
 „ del Christiano consiste en adelantar siempre , y no de-
 „ tenerse , sabiendo que la santidad no tiene límites.”

XXXIX. El tercer tratado se puede considerar como
 una exhortacion hecha á unos Religiosos , que debieron
 suplicarle les prescribiese los medios de adelantar en la pie-
 dad. Le han intitulado , *el Blanco del Christiano* : porque
 las máximas mas santas del Christianismo estan en este li-
 bro explicadas , y expuestas á las mejores luces. En este co-
 mo en los dos anteriores pone el Santo Obispo la perfeccion
 christiana en la imitacion de Jesuchristo. „ Es preciso , di-
 „ ce , imitar las costumbres de aquellos á quienes deseamos

„unirnos; y así el alma que desea ser esposa de Jesuchris-
 „to, debe procurar parecerse, en quanto sea posible, á la
 „hermosura de aquel divino Esposo; y si quiere llegarse á
 „él, se ha de separar de todos los pecados, del robo, del
 „adulterio, de la avaricia, de la calumnia, de la envidia,
 „y de todos los demas, así exteriores como interiores. Tam-
 „bien nos está prohibido pretender las alabanzas, ó aver-
 „gonzarnos de las injurias que nos dicen. Añade: practicar
 „la virtud por ostentacion es haber recibido el premio en
 „esta vida, y privarse de él en el cielo. Si el Señor nos
 „manda hacer nuestras buenas obras á la vista de los hom-
 „bres es con el fin de que Dios sea glorificado, y no no-
 „sotros. Por ser Dios á quien hemos de referir nuestras ac-
 „ciones, á él solo debemos agradar, y no á los hombres.
 „El ódio es uno de los pecados interiores; aborrecer á su
 „hermano es ser homicida, y el homicida no tendrá la vi-
 „da eterna.” Prueba San Gregorio que no hay diferencia
 entre los pecados que se cometen exteriormente, y los que
 se cometen interiormente; porque unos y otros nos hacen
 culpables delante de Dios: que el vicio no se puede jun-
 tar con la virtud: que todo lo demas es nada si se compa-
 ra con la caridad: que aquel que renuncia á lo que mas
 resplandece y se estima en este mundo, debe tambien re-
 nunciar á su alma, esto es, á su vida: que la abnegacion
 de sí mismo consiste en no seguir ya su propia voluntad,
 sino la de Dios. Exhorta á los Monges á que no posean
 otra cosa que el hábito con que se cubren, para estar mas
 prontos á obedecer en lo que les manden los superiores; á
 no dexarse llevar de la ambicion de mandar á los otros; y
 quiere que el que tiene el primer lugar, se coloque en el
 último. „Los superiores, dice, deben tener tanto mayor cui-
 „dado de los otros, quanto estan mas elevados por su dig-
 „nidad, y guardarse mucho de que se hinche su corazon

„con la grandeza del poder; porque estan en la obliga-
 „cion de trabajar con mas esfuerzo, y de proceder con ma-
 „yor humildad que los súbditos; pues deben considerarse
 „como siervos, empeñados en sacrificar su vida por los que
 „Dios ha confiado á su fidelidad y conducta. Advirtiendo
 „la diferencia de espíritus y caracteres, han de castigar ó
 „dar consejos como conviene á unos Padres espirituales, sin
 „que la aversion ó el favor tengan en esto alguna parte.
 „Un Monasterio en donde los inferiores obedecen con ale-
 „gria, en donde los superiores gobiernan con placer y
 „agrado por el camino de la salvacion, y en donde se
 „previenen mutuamente con demostraciones de honor, es
 „un lugar en que se pasa en la tierra la vida de los An-
 „geles. Enseña este Santo: Que las virtudes tienen tal en-
 „lace entre sí, que quando una se posee, la sigue la comi-
 „tiva de las otras: que no hay cosa que sea mas propia
 „para alejar de nosotros al tentador, que la oracion, el
 „ayuno y las vigiliass. Pero estas no traen utilidad alguna,
 „sino producen en el que las practica, la sencillez, la ca-
 „ridad, la humildad, la paciencia y la inocencia que son
 „sus frutos: que por el contrario, quando el artífice de
 „la malicia halla una alma que no se entrega enteramen-
 „te á Dios, ó que está vacia de su amor, se apodera de
 „ella con facilidad: que unas veces hace que la parezcan
 „dificiles y pesados los mandamientos de Dios; otras ve-
 „ces la llena de orgullo y de soberbia: que los que toda-
 „vía no poseen el don de orar, y por consiguiente no han
 „conseguido lo mas sublime que hay en la vida espiri-
 „tual, no se desalienten, sino que practiquen la humildad,
 „la obediencia y la caridad: que á ninguno debe servir
 „de pretexto su flaqueza; porque Dios no manda lo im-
 „posible: que lo mas penoso que se halla en los precep-
 „tos de Dios, es suave y facil para los que le aman: que

„supuestó que tiene prometido un premio eterno al que en
 „su nombre haya dado un jarro de agua, se seguirá infali-
 „blemente á nuestras acciones la recompensa; ¿sean estas
 „grandes ó pequeñas, como las hagamos en su nombre y
 „santo temor; mas nada tenemos que esperar si las practi-
 „camos por vanidad.”

XL. En el discurso de San Gregorio sobre las repre-
 hensiones se ve una prueba de la fortaleza de este Santo, y
 un modelo del valor Episcopal. En un Sábado sucedió el
 desórden que dió ocasion á este discurso. Informado el San-
 to Obispo, reprehendió severamente á los culpados, y á
 lo que parece, les prohibió la entrada en la Iglesia, y la
 participación de los santos Sacramentos. Irritados con esta se-
 veridad, se inquietaron contra el Santo, y por todas par-
 tes se oían quejas y murmuraciones. San Gregorio no por
 eso cedió: el Domingo siguiente subió al púlpito, y les
 dió una nueva reprehension; representándoles vivamente las
 funestas conseqüencias de las excomuniones.

Reprehendió á rostro firme á los culpados por haber
 prostituido el don de Dios á la glotoneria, á la impureza,
 á la pereza y al sueño; por no haberse rendido á los salu-
 dables avisos de los que querian persuadirles lo mas útil,
 y por haberse inquietado contra su Obispo, y haberle tra-
 tado injuriosamente. „No deben proceder así los que nece-
 „sitan la instrucción; no han sido sus acciones correspon-
 „dientes á la obediencia de verdaderos discípulos, sino una
 „porfiada oposicion de personas indómitas y sediciosas.” Les
 hizo ver „que teniéndolos su Obispo ligados con la exco-
 munion y separados de los Sacramentos, estaban rodeados
 de cadenas invisibles, que si no hacian penitencia se per-
 derían para siempre: que era muy antigua en la Iglesia
 la práctica de separar los hombres de los Sacramentos: que
 el Sacerdote debe tratar con prudente severidad á los que

pone en penitencia, templando y variando su conducta, se-
 gun las costumbres y disposiciones de los súbditos. Las per-
 sonas de grande docilidad de espíritu, deben ser tratadas
 con suavidad; los que son tenaces é indómitos tienen nece-
 sidad de golpes para corregirse. Les declara que no le causará
 novedad verlos ayrados contra él, y prueba con varios
 exemplares de la Escritura, que la verdad siempre ha sus-
 citado perseguidores y enemigos á los que la dicen y la
 defienden ó publican. „¿Hubo jamas algun Pastor mas ex-
 „celente que Moysés? Todo lo era para su pueblo: él los
 „alimentaba con el amor de una madre; fué su General,
 „su Sacerdote y su Padre: y, esto no obstante, excitó su
 „pueblo sediciones contra él, como si fuera algun hombre in-
 „justo y malo. ¿No fué aserrado Isaías, porque enseñaba la
 „virtud y la piedad á los hombres? ¿No vió Jeremias que
 „todos levantaban el grito contra él porque pretendió des-
 „terrar la idolatria? ¿Jesuchristo que era el soberano Pas-
 „tor, no murió por sus ovejas? ¿Qué motivo hubo para
 „cortar á San Pablo la cabeza? ¿Quiénes fueron los que
 „crucificaron á San Pedro, sino los mismos que debían
 „aprender la práctica de la virtud? Yo no he recibido
 „heridas por haberla defendido, ni me he visto en peli-
 „gro corporal. ¿Cómo me ha de parecer extraño que mur-
 „muren, siendo discípulo de un Dios crucificado? Gritad,
 „pues, quanto quisiéreis, que yo sufriré vuestra insolén-
 „cia como un padre y una madre padecen en la de sus
 „hijos.”

XLI. El tratado que tiene por título, *de los Niños
 que mueren prematuramente*, se escribió á instancias de
 Hierio, Gobernador de la Capadocia, que deseaba saber
 qué es lo que se debe pensar de los que mueren muy ni-
 ños. Examina el Santo con este motivo muchas cuestiones,
 y en particular esta: ¿por qué permite Dios que mueran